

Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 16 rs. id.

Números sueltos un real vellon.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

Nuestro apreciable colega *El Saldubense*, en su número del miércoles 23 del actual, nos lanza una dura filípica por la litografía, que hemos dado en *El Duende* del Domingo anterior, y nos pone, en un momento de irritabilidad, como ropa de Pascua.

Pero ¿quién ha dicho á *El Saldubense* que ha sido nuestra intencion presentarle tocando el bombo y los platillos?

Nosotros sabiamos que en la redaccion de tan respetable periódico hay ilustrados escritores; pero, ignorando absolutamente que hubiese músicos, mal podiamos presentarles dando una serenata.

¿Ignora *El Saldubense* que antes de publicar su artículo sobre el gran proyecto de enlace de las líneas férreas de esta ciudad, ya se habia hablado de él hasta la saciedad? ¿Ignora, que muchas, muchas personas han hablado con el mas cándido entusiasmo al director de *El Duende* de tan colosal proyecto? ¿Por qué pues, tiene nuestro entendido colega la presuncion de creer que de él únicamente podemos ocuparnos?

Rectifique su juicio; no es á él á quien nos dirigimos. Y tenga en cuenta que no somos de aquellos que, una vez arrojado el guante, cejamos en ningun linage de empeño; en ninguno.

Acercas de nuestra marcha, déjenos *El Saldubense* que la sigamos recta ó torcida; y no nos dé, á guisa de dómine, consejos que no le pedimos. Al freir será el reir. El tiempo dirá si en esta cuestion acertamos ó erramos; y entre tanto, y despues de darle esta contestacion (que para bien de unos y otros quiéramos que fuese la primera y la última) concluiremos asegurándole, que conocemos demasiado nuestra pequeñez para esperar que nuestros escritos puedan dejar nombre ni reputacion envidiables en los anales

periodísticos de Zaragoza; pero que tampoco servirán para anunciar y dar por hechos proyectos que, al fin y á la postre, quedan en proyectos; como algun otro de no lejana fecha, cuyo resultado ha servido únicamente para dar un desengaño mas á esta ciudad, y para probar la candidez de los que daban por segura su realizacion.

En adelante, pues, señores redactores de *El Saldubense*, no se exasperen con tanta facilidad y ligereza, ni falten á las buenas formas que deben caracterizar á un periódico tan grave, tan discreto y tan universalmente aplaudido.

La procesion.

Era la fiesta del lugar; y una insigne torpeza de nuestro conductor nos hizo llegar cinco horas mas tarde al término del viaje. Desde las siete de la mañana éramos aguardados con impaciencia: con tanto mas motivo, cuanto que uno de los amigos que con nosotros al lugar se encaminaba, era el afortunado vate, á quien el ayuntamiento en pleno habia encargado *los dichos para el dance*; y, segun pública voz y fama, eran, los de qué hablamos, obra maestra. Perdimos, pues, el *dance* matinal, el baile en la plaza y la funcion de iglesia; cosa esta última que sentimos en extremo; porque segun nos dijo el síndico, persona grave é inteligente en la materia, á falta de órgano, habia el barbero *pespunteado* en la vihuela *La Atala*, *El Bartolillo* y *unas manchegas*, que decian «bailadme.»

Aquellas buenas gentes nos obsequiaron, nos trataron á qué quieres boca; y despues de la siesta indispensable, tras tantas y tan abundantes livaciones, nos

colocaron en un tripudo y estenso balcon de la plaza para ver la procesion.

El lugar estaba repleto de forasteros; tanto que los de casa se mostraban un tanto foscas, porque encontrándose en considerable minoría, no dejaban de hacer un papel bastante secundario; si bien habia algunos mas entendidos que se complacian en ver su fiesta tan dignamente honrada é inusitadamente concurrida.

—Dlin dlin, dlin dlin, dlin, dlin... Dlon, dlon, dlon, dlon...

Las campanas anuncian la salida de la procesion; la gente se agita, el murmullo crece y la alegría se pinta en los semblantes.

—Ya viene...! ya viene...! gritan los muchachos. Los perros corren y ladran, las ventanas y balcones se llenan y en la calle el movimiento crece.

Delante de la procesion aparecen *los danzantes*, llenos de cintas como conejos de rifa, cubiertos de cascabeles, con pañuelos de seda por todas partes, con toneletes por añadidura, blandiendo mohosas espadas, que podrian contar sus proezas en la conquista de Oran, y bailando al compás de la gaita y el tamboril. Algo raro se me hacia esto de los *danzantes*. Pero ¿no bailaba el santo rey David ante el arca, y hacia mas, pues él mismo se daba música con su arpa? Esta reflexion rectificó algun tanto mi juicio.

En breve otra idea vino á alarmarme. Algunas detonaciones, que á no dudar eran de arma de fuego, llegaron á mi oido: y como suelen con frecuencia concluir de mala manera varias fiestas de lugar, manifesté mis temores á la señora en cuya casa estábamos; pero se sonrió y me dijo:

—Nada tema V.: aquí somos moros de paz.

Asomé la cabeza de la procesion, y se acercaban el ruido y la algazara. Los empujones, codazos y pisotones menudeaban; y mas de cuatro juramentos y otras palabras malsonantes llegaron á nuestros oidos, aviniéndose mal con el orden y recogimiento que en tales actos presidir debian. Ancianos, mozos y jóvenes, ricos y pobres venian mezclados y alumbrando con hachas, velas ó cerillas, segun la categoría y los recursos del devoto; y á buen seguro que no hubieran avanzado en su carrera sin ir precedidos de los *danzantes*. Entonces comprendí que para algo servian en aquel acto religioso.

Llegó el santo, que por cierto era san Roque, cubierto tambien de cintas y flores, pendiente de su bordon un enorme racimo de uvas en amable consorcio con la calabaza y que, siguiendo las ondulaciones de la peana, azotaba con demasiada frecuencia el rostro del santo de Montpellier.

Pero, lectores míos, al llegar el santo, como si su presencia espantase á todos los diablos del infierno, y huyendo despavoridos armasen un ruido y una confusion inesplicables, aquello era un caos, un *dies iræ*, un juicio final, y ni ojos ni oidos eran bastantes á ver y á oír aquella escena, que solo presenciándola pudiera ser comprendida.

Las campanas.—Dlin dlin, dlin dlin, delon, delon, delon.

Los voladores y borrachuelos.—Chiiiiis.... chiiiiis.... plan.

Las voces.—¡Viva el santoooo! ¡Vivaaaa...! vivaaa!

Los mozos, saliendo por las bocacalles.—Pin, pan, purrrumpun...

No contentos con largar sus escopetazos y aun trabucazos desde lejos, apuntaban al santo y le soplaban los tiros á quemaropa. Hasta creí que el perro temblaba; y seguramente no padecería mas el bienaventurado francés cuando se vió presa de la horrorosa peste, de lo que hubiera padecido en la procesion á haber ido en ella en carne y hueso, que no en efigie.

Y siguieron las campanas, y siguieron los cohetes y las voces, y los tiros y los fusilamientos; y yo no salía de mi asombro, y todo aquello me parecia un sueño, una terrible pesadilla. Cerraba la marcha un batallon de mujeres, vestidas de negro, con sus velitas y cerillas, como otras tantas Verónicas, chamuscadas muchas de ellas, y pagando sus ropas y sus carnes la exagerada devocion de los amantes de la pirotecnia. No quise ver mas; me retiré del balcon asaltado por mil reflexiones acerca de los diferentes prismas á través de los cuales se mira nuestra santa religion, y sin duda en voz alta los hacia; porque la señora de la casa se acercó á mí y en tono risueño y cariñoso me dijo:

—¿Qué quiere V., caballero: cada pueblo tiene sus creencias como tiene sus costumbres. Aquí creen estas gentes sencillas rendir el verdadero culto á nuestro santo patron, y del modo que V. acaba de ver lo manifiestan. Todo lo que no fuera eso, lo atribuirian á frialdad, quizá á irreverencia; y sabe V. que lo aceptable es la voluntad, si esta es buena. Los pobres no alcanzan mas; respetemos su ignorancia.

—Pero, señora, la repliqué un tanto sorprendido: ¿por qué los que saben, los que pueden y deben instruirles no lo hacen? ¿Por qué estas procesiones públicas...

—Por qué.... por qué...

—Sí, porqué en estos pobres pueblos...

—Poco á poco, señor habitante de la ciudad. A mi vez preguntaré á V. ¿por qué ustedes no nos enseñan con el ejemplo?

—¿Cómo se llama V., señora? y perdone mi inconveniencia.

—Está V. perdonado y me llamo Clara.

—Clara es V. como el agua: clara su inteligencia y clara es la leccion que V. acaba de darme. Por desgracia el aplicarla no es de mi jurisdiccion, que á serlo...

El refresco nos esperaba. Concluido que fué nos despedimos de nuestros bondadosos huéspedes y tornamos á la ciudad, recordando la procesion del lugar y la leccion de la discreta Clara.

—¿Conque no siente V. alivio?

—No señor, ninguno.

—Será alguna fluxion.

—Tal creo.

—Y qué facultativo visita á V.?

—Don Bautista.

—¿Don Bautista? Psé....

—Señor don Ciriaco, pregunté yo al farmacéutico en cuya botica habíamos entablado este diálogo, ¿me quiere V. decir qué significa ese *psé*.... pronunciado con tan picaresco tonillo?

—Oh, nada absolutamente; contestó el redomado boticario. Don Bautista es íntimo amigo mio, y uno de los facultativos que cuentan con mas parroquia en la capital; parroquia de poco pelo, es verdad; de esa que paga en melones y alcachofas, ó cuando mas, á cuatro *cuaérrnas* por visita; pero ya conoce V. que es necesario que haya médicos para todas las clases....

—Hombre, todos somos de carne y hueso; no creo yo que haya un método para curar á los pobres, y otro para los ricos.

—¿Qué disparate!

—¿Cómo?

—Don Pacomio, no se haga V. ilusiones; de algunas personas á ciertas gentes, hay tanta diferencia como de las aguas del Canal, á las del rio Gállego, ó á las de los ojos de Pinseque.

—Don Ciriaco, toda comparacion es odiosa.

—Al freir será el reir, y... cartuchera en el cañon.

—¿Don Ciriaco!

Tiene V. razon; me he distraído pensando en que, *el que echa pan á perro ageno, las costuras le hacen llagas*.

¿Que no es eso!

—Lo que es lo mismo; que *el que no está hecho á bragas, pierde pan y pierde perro*...

—¿Anda, anda!

—Y vuelvo á nuestro asunto para probar á V. que la diferencia de que hemos hablado antes, existe real y efectivamente.

—Veamos.

—Entre los parroquianos de nuestro buen amigo Don Bautista, figuran varios hombres, de oficio rateros, á quienes pueden ver todos los vecinos y vecinas de Zaragoza, incluso el señor Alcalde, pasearse en cueros vivos, por las aguas del Ebro, frente al palacio del señor Arzobispo; insultando al pudor y á la decencia, descastando los peces con esparaveles y jarcias, riéndose de los bandos de la Autoridad, y mofándose de las leyes á la luz del medio día.

—¿Y qué tienen que ver los bandos...

—Nada, bien mirado; pero ¿cree V. que el cuero curtido de estos ciudadanos. para quienes la libertad consiste en hacer lo que les dé la gana, se prestará tan facilmente á la accion de un sinapismo, como la piel de una señorita?

—Cargando la mano de mostaza....

—Otra de las parroquianas de don Bautista, es una mujer, que vende verdura y fruta en el mercado, las mas veces sin sazonar, y tan mal sana, que haria reventar á un cañon.

—Para eso están las comisiones de....

—No me interrumpa V. Esta tal frutera ahulla é insulta á los concurrentes, porque no compran en su puesto; jura á Dios y á todos los Santos del cielo, porque la ofrecen un cuarto menos de lo que pide; echa sapos y culebras con aplauso de la gente *crúa*, y grande escándalo de las personas timoratas; y es, en fin, un demonio con funda de mujer.—¿Cree V. don Pacomio, que el gazzate de esta harpía, encallecido por los juramentos y el aguardiente, podria absorber la leche de burra?

—Pero la Autoridad es quien debe corregir esas faltas.

—Hombre de Dios, ¿que se entiende la Autoridad de medicinas?

—Como dice V. que pescan y blasfeman....

—Lo digo únicamente para probarle á V. que el hábito embota la sensibilidad, y para que sepa que la dosis de medicamento que á unos mata, á otros no hace mas que cosquillas; que es lo que ha entendido perfectamente don Bautista, y deberán entender todos los que ejercen el arte de curar, si se han de estirpar los innumerables diviesos y carbunclos de qué está plagada la podrida y orgullosa prole del desnudo Adan.

—Don Ciriaco, V. tendrá razon; pero no es menos cierto que don Bautista no me cura este dolor de muelas, con todo su saber, y que yo rabio y me desespero, y no puedo aguantar mas.

—Y ¿qué dice á eso don Bautista?

—Que me arranque la muela careada.

—Pues bien; arránquesela V.

—Hombre, temo al dolor que me harán pasar.

—No hay atajo sin trabajo.

—Y al qué dirán de las gentes, que me vean sin muela.

—Ande V. caliente, y riase de la gente.

—Y como mi esposa se opone á ello...

—No dé V. oídos á malos consejos.

—Y una amiga de mi mujer, me recomienda la paciencia...

—No haga V. caso de esas recomendaciones.

—Y mi hija dice que tal vez me cure, sin necesidad de operar....

—Esperanza de bobos.

—En fin, veremos, ya veremos...

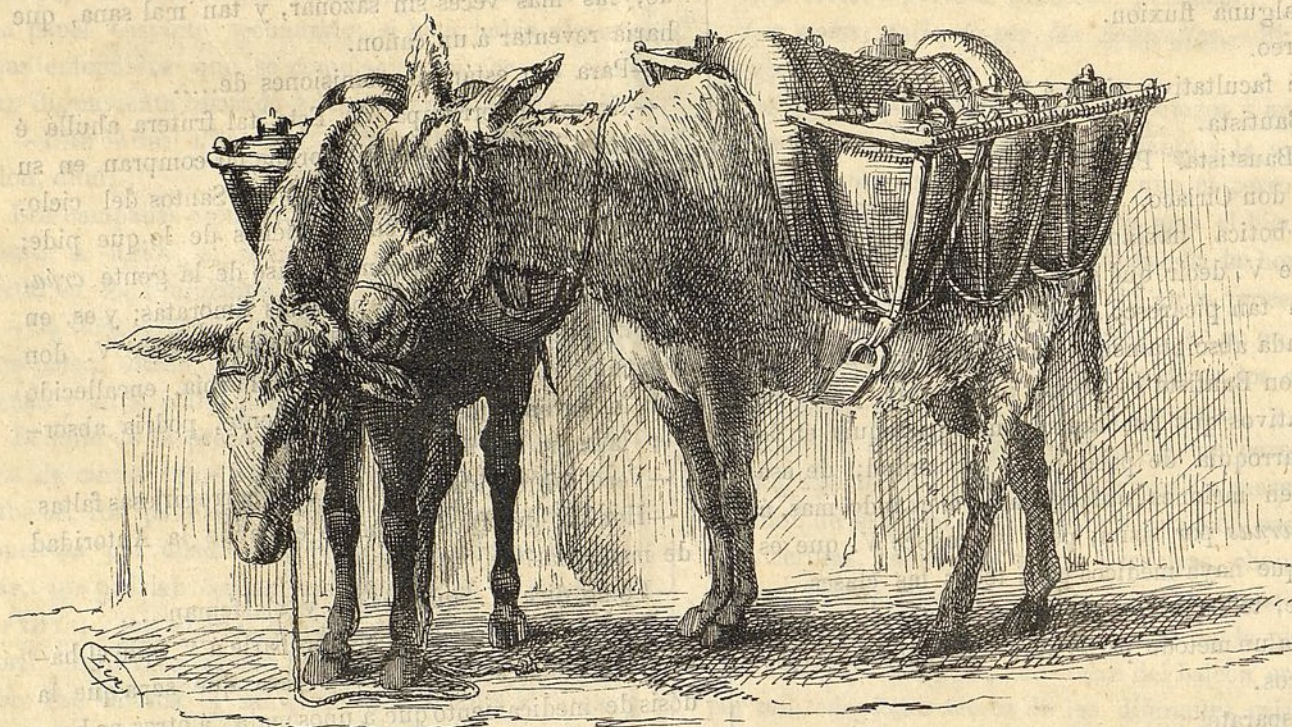
—Don Pacomio, arránquese V. la muela, y cuantas muelas podridas tenga en la boca; no hay otro medio de curarse radicalmente.

—Sí, sí; estoy convencido de eso; pero, como soy tan pusilánime....

—Allá se las avenga V.

—Beso á V. la mano, don Ciriaco.

—Que V. se alivie, don Pacomio.



Borricadas.

—Ay, compañero del alma,
apenas tenerme puedo.
Esta vida que llevamos
es amarga, compañero.
Por esas calles de Dios,
volando, que no corriendo,
ir nos hace, despiadada
la vara de nuestro dueño.
En la semana anterior
he atropellado tres ciegos,
seis viejas, nueve chiquillos,
doce pollos; y lo menos
quince vidrieras he roto
en otros tantos encuentros.
—Oye: el compañero dice.
¿Lo de las fuentes es cierto?
—Dicen que sí; mas chiton,
que decirlo no podemos.
—Al fin tras tantas fatigas
algun descanso hallaremos.
—Cuidado, no te oiga el amo.
—¿Se enfadará?
—Yo lo creo.
Como que queda cesante.
—Y, lo que es peor, sin sueldo.
Así no venderá el agua
del pilon al tabernero,
que, pues la convierte en vino,
que sucia esté es lo de menos.

No escandalizará al mundo
con sus torpes juramentos;
no insultará al transeunte,
ni le faltará al respeto
al señor municipal
cuando le reprende atento.
No nos derrengará á palos,
y en breve, tal vez, pasemos
á servir á otro, que nos
trate con mas miramiento.

—¡Ay burro....

—No digas burro.

—¿Pues qué he de decir?

—Jumento.

—¡Ay, jumento! no lo esperes.

Nuestro destino es adverso.

Nacimos para servir;

y aunque nos sacrifiquemos,
nos matan de hambre, nos zurrán
por mas que tanto valemos.

Con risa el mundo nos llama
asnos, borricos, jumentos....

—Con que es decir....

—Es decir

que á nuestro mal no hay remedio.

De trancazos no escapamos:

y por vueltas que le demos,

no cambiaremos de vara,

aunque cambiemos de dueño.



EL QUIJOTE CON:.... TRABAJO.
FANTASIA MUSICAL.

Ayuntamiento de Madrid

Otra te pego.

La Torre-Nueva. Dolon... dolon... dolon... dolooooon...

El puente de piedra. Anda, anda, y como suelta la de cobre la Torre-Nueva. ¿A que vendrán luego á quitarme caldo?

La Torre. Dolon... dolon... dolonlonlon...

El puente. Dále. ¿Otra vez? ¿Qué sucede?

La Torre. Amigo puente ¿ha leído V. *El Duende*?
Dolon...

El puente. No, señora: no he tenido ese gusto.

La Torre. Disgusto debiera V. decir. Dolon... Porque ha de saber V. dolondon...

El puente. Señora, hable V. y no meta tanto ruido.

La Torre. Compadre, es que bramo de ira. Redolondolon... Ha de saber V. que me han puesto en caricatura: y esto no lo puedo sufrir. Dondon...

El puente. ¿De veras? Ay, qué risa...

La Torre. ¡Oiga! ¿Se rie V.? Pues sepa su merced, señor vejestorio, que yo tambien me reia viendo la caricatura de los otros; pero cuando llegó la mia... dolon, dolooooon... Entonces, por mis zapatos nuevos, juro que bramé de coraje.

El puente. Y, dígame, vecina, ¿Cuando fué la cosa?

La Torre. Hoy hace justos quince dias.

El puente. Antigüedad trae el caso. ¿Y ahora resuella V.?

La Torre. Es que... dolon... habia hecho ánimo de aguantarme, porque soy mujer de esperiencia y sé lo que son esas cosas, que á nadie ofenden. Pero... dolondon... cuando he visto que, posteriormente, personas sesudas y competentes, tan solo porque se han creido caricaturadas... dolon, dolon... han saltado y han puesto á *El Duende* fuera de combate, que da lástima el verle, he dicho... dolon... dondon... «No he de ser yo menos, y allá van mis campanadas.»

El puente. ¿Sabe V., abuela, que todo eso es chistoso?
Ja, ja, ja...

La Torre. Pues bien, abuelo: que le traigan á V. *El Duende* y verá tambien como le ponen.

El puente. ¿A mí?

La Torre. A usted.

El puente. Zambomba!!! Sillares, ladrillos y piquetes!!
Ya no me rio.

El Ebro.. ¿Quién me llama?

El puente. Cálle él y siga su curso, que nadie le dá vela en este entierro. Vaya con la gracia. Que pongan en caricatura á los demás, corriente; pero á mí... Bruun!!!

La Torre. Ola, vecino: ya sabia yo que no reiria mucho rato.

El puente. ¿Y qué hacemos?

La Torre. Desafiar á esos malandrines. Dolon, dolon, dolon...

El puente. Andando. Les diremos que son unos peleles, sin maldito el chiste, ni... Y que sacarán lo que el negro del sermon; los pies frios y la cabeza caliente...

La Torre. Sí; y yo les repetiré aquello de la *senda torcida*...

El puente. No, no: Digámosles otra cosa.

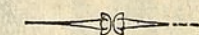
La Torre. ¿Por qué?

El puente. Porque en cuanto á *pies frios*, los mios están perpetuamente en el agua: y en lo de *torcida*, me parece, amiga, que V. no está muy derecha.

La Torre. Pues entonces, chitito. Don, don, don, don, don.

El puente. ¿A eso llama V. chitito, comadre?

La Torre. No es que me enfado. es que el reló da las cinco.



Banquete.

Para celebrar la fiesta del anuncio de un *proyecto* que hoy ocupa á Zaragoza por lo grande y por lo sério, tuvo lugar hace dias en el salon de consejos de una casa, ó caseron, un banquete cual diremos. Comiéronse varios platos (se entiende lo que hubo dentro) y asistieron á la fiesta los siguientes caballeros. Presidiendo la función estaba Neptuno el viejo, y dijo:—¿Do estás, tridente? ¿con qué voy á trinchar esto? El famoso *Gargantúa* que estaba al lado derecho, le dijo tragando un chico: —Come como yo, zopenco. Ya me ves, hoy he salido del rincon do me escondieron y con tan grande motivo lo echo á broma... y me divierto! En tal punto Pignatelli dijo: — Por ver si reviento vengo tan solo á comer, pues estoy hasta el pescuezo de oir planes, cuando yo el único soy, que en eso de hacer mejoras, logré dar mas que nadie á este pueblo. Esto es una Babilonia, esto es..... mozo! pan y queso. (1) Callado ya don Ramon,

(1) Eso ponen á los ratones para qu3 caigan en la ratonera.

hablaron al mismo tiempo aquellos dos buenos mozos que están en la Audiencia quietos; y digeron:—A porrazos es como se arregla esto. No sabeis nada, señores; nosotros sí que entendemos..... En seguida que nos quiten ese paño de barbero, que nos han puesto á los dos desde empezó el veraneo. Vais á ver como tomamos la palabra en el congreso..... —¡Silencio! gritó al instante el ex-cabezudo negro. Aquí se trata de todo menos de lo que queremos. Hemos venido á comer y acabareis por comernos. Señores, aquí se trata de dar ensanche.....

—¿Al gargüero? Pregunta el leon segundo del puente que hay sobre el Ebro. —No señor; á la ciudad. —¿Para qué queremos eso? —Para que con los derribos no nos quede un pordiosero. —¡Pido la palabra! dice la ex-campana de San Pedro. —¡Callarse! grita Neptuno; no hablemos todos á un tiempo. Se ha de dar á Zaragoza un ramal..... —¡Oiga usted; eso de ramal, ya sabe usted que se entra por el pescuezo. —¡No somos bestias de carga! —¡El ramal al que hable recio! —¡Miserables! —¡Fuera ingratos! —¡Insolentes! —Vamos quedos. —¿Mi tridente.... donde está? —¿Donde estará mi sombrero? —Suspéndese la sesion. —Pues otro dia hablaremos.

Fotografías á vista de pájaro.

PRIMERA VISTA.

No bien hubo sonado la última campanada de las doce, apareció doña Verdad. —Sé, que antes de aceptar mi ofrecimiento, te has

informado de la exactitud de mis palabras. Así sois todos: dudais de mí, y os arrojais, llenos de confianza, en brazos de falsas y mentidas ilusiones.

Tan estupenda salida, me *aplastó*.

No tuve valor para formular una excusa.

Me entregó un carteron de baqueta, y tomándome de la mano, verificamos una ascension, que me trastornó completamente, tardando algun tiempo en repormerme del susto.

Al fijar la vista en la tierra, de la que nos hallábamos á una respetable distancia, observé que estábamos sobre el Huerba.

Hermoso rio, en el que ruedan formando variadísimos matices, olas de jabon y espuma.

Y otras... cosas que no son ni espuma ni jabon.

Lo que no sirve de impedimento para que se solacen en él, los aficionados á los pediluvios.

Me pidió el carteron y empezó á sacar de él varios objetos.

Contenia el tal marmotreto, una cajita cuadrangular, en uno de cuyos lados apenas se distinguia un diminuto objetivo.

Varios cristales, un pomito con un líquido amarillento, una brochita, un lente y un antejo de Galileo.

—¿Qué vamos á copiar, aun que sea un esceso de curiosidad?

—La puerta de Santa Engracia.

Ave María purísima! Una puerta que ni lo ha sido, ni lo es, ni lo será.

—Vais á regalar á vuestros amigos una lindeza. ¿No dijisteis que ibais á tomar las vistas mas notables?

—Así es, efectivamente. Pero así hay notabilidades por lo bueno, como por lo malo. Mi mision reza lo mismo con unas que con otras.

La voy á tomar por la parte superior, y cuando menos les ofreceré una novedad.

Graduó el aparato, colocó dentro un cristal, y transcurrido un momento me lo entregó.

—Toma este lente y observa la reproduccion.

—Miré la copia, quedándome asombrado; no por los prodijios que hacia mi señora, á los que me iba acostumbrando, sino por el panorama que se ofreció á mi vista.

Un terreno bastante desigual, cubierto de toda clase de plantas y no pocos matorrales. Sobresalian entre todos, los higos chumbos.

Infinidad de perros *sin bozo*. Por su exterior se comprendia fácilmente que eran *emigrados*.

Y ¡oh rubor! un megaterio en calzoncillos, paseando lentamente y con el semblante en extremo risueño.

Indudablemente su imaginacion estaba preocupada con un GRAN PROYECTO.

Esto me hizo comprender que por allí no habria municipales. No hubieran dejado impunes el descaro de aquellos, contraviniendo las disposiciones vigentes, ni el deshonesto y lijero traje de este último.

—Podian aprovechar ese sitio para construir un delicioso parterre. Haria un efecto excelente en el centro

aquel ovelisco de la glorieta, que supongo conservarán como cosa de gusto. Transportadas allí las sillas...

—Perfectísimamente: muy bien. Que hiciesen subir á todos por escaleras de mano, las qué se quitarían en seguida, no permitiendo bajar á nadie hasta las doce de la noche. Así aprenderíamos á ser personas decentes, paseando á las horas que manda la estación en qué nos encontramos. Es preciso confesar que somos muy ordinarios.

Os advierto que la idea de la escalera, no es mía. Hace algunos años, en uno de los pueblos próximos, digo mal, ciudad, usaron ese procedimiento para evitar, durante los bailes, que los músicos se *alumbrasen* en los intermedios; porque despues tocaban con demasiada inspiracion.

Quizá ese *proyecto* no haya caído en saco roto. Preguntaremos á *Martinico* si tiene noticia de él. A bien que el pobre va *desacreditándose* en la cuestion de *proyectos*: ¡infeliz! No tiene el *juicio sano*. El *origen* de su crítica no es *puro*, sino *misto*; y anda *estraviado* por *preocupaciones anti-laudables*.

Señor... *ilustradle, mostrándole el camino que ha de seguir*.

—¿Qué ideas tan extravagantes y originales tienes! Guárdate bien de que esas aprensiones lleguen á sus oídos, porque no te faltaria una excelente serenata.

Estamos perdiendo el tiempo miserablemente.

Vamos á casa, á dar la última mano á nuestra fotografía.

Al pasar por el salon, llegaron á mis oídos unos lamentos desgarradores.

—¿Qué es eso, señora? ¿Quién se queja?

—Los balcones.

—¿Pues qué les han hecho, para que así chillen?

—Pintarlos.

—¡Pobrecillos! Tienen todas las señales de la mas horrorosa hidrofobia.

Cuentos de «El Duende.»

Un médico.—¿Y nuestro enfermo?

El ama de gobierno.—Creo que va mejor. Duerme desde anoche.

El médico.—¿Qué diablo... si está muerto!

El ama.—¡Dios mio, será posible! Pero si jamás ha hecho ni la menor cosa sin mi permiso... De fijo me lo hubiera consultado....

El médico.—Pues esta vez se ha muerto sin consultarlo.

—Don Marcos; su mujer de V. va con aquel caballero mañana, tarde y noche... y V. tan satisfecho... No lo digo por mal...

—¿Qué quieres? Otro en mi lugar se enfadaria; pero yo reflexiono. O soy el marido de ese diablejo, ó no lo soy.

—Ya se ve que lo es V.

—Pues entonces...

Dicen que decia, durante la última temporada de zarzuela, un caballero que fué á la contaduría del teatro en busca de localidades:

—Ruego á V. me dé tres asientos para la zarzuela de mañana. Deseo que estén algo separaditos de la orquesta.

—Sí; siempre se oye mejor y...

—Al contrario. Traigo, para que vean el teatro, á mis dos niñas; que, gracias á Dios, están bien educadas, y quiero que no oigan ciertas palabras... Ya me comprenderá V. Se recitan y se cantan hoy en nuestros teatros versos y canciones tan... libres... Es un dolor; pero no hay remedio. Son adelantos del siglo.

—Me parece, amigo, que no estará V. descontento de mí. Decia un famoso abogado á un su cliente. He hablado dos horas y he estado elocuente como Ciceron.

—Mucho, mucho. Respondió tristemente el litigante. V. ha hablado muy bien; pero yo he perdido el pleito y con costas.

El caballero Courten, capitán de guardias suizas, salió á un ejercicio de fuego con su compañía y repartió diez cartuchos por plaza.

Un pobre suizo tenia su fusil en tan mal estado que hasta despues de haber metido la friolera de siete cartuchos en el cañon no salió el tiro.

El culatazo fué tal, que el pobre diablo cayó patas arriba y el arma, fué á parar lo menos á seis pasos de distancia.

Algunos soldados recogieron á su compañero, y el sargento iba á coger el fusil; cuando el suizo, incorporándose, le gritó:

Cuidado, cuidado, mi sargento; que aun hay seis cartuchos dentro del cañon.

Un jóven tan pobre de fortuna como rico de ingenio, necesitando ir de Madrid á Valencia, cuando todavía no teniamos la línea férrea, que hoy une ambas capitales, oyó decir en cierta sociedad al marqués de X que se preparaba á hacer el mismo viaje en silla de posta de su propiedad.

El jóven se acercó al marqués y con un *sans facon* propio de la gente de buen tono:

—He sabido, le dijo, que marchaba V. en breve á Valencia.

—Así es, en efecto. ¿Puedo ser á V. útil en algo, caballero?

—Necesito enviar á aquella ciudad un traje completo; y si V. tuviera la amabilidad de llevarlo...

—Con mucho gusto. ¿Y á quién lo entregaré allí?

—No se cuide V. de eso, Sr. Marqués: porque yo iré *dentro del traje*.

El marqués celebró la idea; y, gracias á ella, el jóven hizo el viaje con toda comodidad y sin costarle un cuarto.

Editor responsable: MANUEL ALLUE.

Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustín Peiro.—1862.